

Destino y fe en la poesía de Rosa Kalina

Alfonso Chase

Rosita Kalina ha escrito un libro limpio y enhiesto sobre el que convergen el polen y la estrella. Desde una posición de protagonista y heredera, bucea en las diferentes herencias que le cubren, para adentrarse en la palabra, no para esconderla, sino para develarla.

La poesía es en ella un arma para asistir a un proceso de desdoblamiento y así coexisten en sus poemas la mujer inmediata, es decir la escritora, y la encarnación de una serie de otras mujeres, que asumen su rostro y su palabra, para construir un libro que busca la unidad y la convierte en un apocalipsis del lenguaje, en donde, en una especie de collage, se establece una fraternalia entre el lector y la autora.

Lejos está Kalina de sentir terror ante el desdoblamiento, que no es inducido por el miedo, sino por la vivencia, profunda, de esas otras mujeres —persona que saltan, en júbilo o espanto, ante la inmutabilidad de sus destinos.

La Biblia, que algunos creen fundamental en la poesía de Kalina, solo es el pretexto histórico para ubicar algunos de sus poemas. Lejos están el tono y la intención de subordinar su significado a un solo libro sacro.

La escritora, como latinoamericana, entiende que al auténtico poeta lo cubren las verdades esenciales de una cultura uni-

versal y no el ámbito, reducido, de lo doméstico. Por eso ella trasciende, estudiándolo, el universo personal y se llega al regreso a la unidad: la búsqueda de esa Isis con Velo en donde habitan Euridice, Creusa, Penélope y Lilith, fuguras de un arquetipo más hondo que la salva de cantar, con voz ajena, las vicisitudes de aquellas heroínas que conforman solo el ámbito en que se desarrolla su cultura.

La audacia esencial de la escritora no está en la forma que emplea, ni en la intención sagrada que la anima, sino en la búsqueda al través de ella, de la identidad femenina, como expresión universal del alma de la mujer.

Deliberadamente rechaza el ámbito de lo únicamente sexual, que en otras escritoras es pretexto y afirmación de su yo dividido, para enfrentar un mundo en donde a sus heroínas se les cumple un destino, más trascendente que su verdad íntima, porque está ligado al significado histórico que las cubre y anima. Kalina ha ido rompiendo con aquello que la limitaba: enmarcar su oficio poético en el ámbito de su cultura personal y comunitaria. Edipo y Sísifo, dos héroes, si así podemos llamarlos, de la cultura griega y universal, simbolizan esa apertura.

El otro, que se proyecta en todo el libro, es la conjunción de la Kábala y el mensaje alucinado de San Juan en Patmos, pero no desde un punto de vista re-

ligioso, y allí reside la originalidad de Kalina, sino de la trascendencia de su pensamiento filosófico, o su verdad hermética, como parte del legado cultural de nuestro tiempo. Kalina actualiza el mito.

Desacraliza el arquetipo y lo hace bien cultural para disfrute de todos. Devela a Isis para convertirla en mujer, antes que en diosa. Erotiza el significado de las historias para pulcramente escapar a los ojos indiscretos de su tiempo. En su poesía conviven el amor conyugal satisfecho y tierno, y el ansia de humanidad, como esfuerzo totalizador del universo poético.

Lo que a algunos puede parecerles pudor o recato, sólo es el embozado signo de una escritora que amenaza transformarse en zarza ardiente o caracola, ante la mirada atónita de sus personajes y lectores.

Kalina sólo utiliza el artificio de vivir detrás de las palabras para encontrarles su significado. Y en esto solo ha hecho lo necesario y vespertino, lo que antes hicieron, en su poesía, José Basileo Acuña, Fernando Centeno y la primera Eunice Odio: incorporar a la cultura universal la sal vivificante de la estructura criolla. Esto es: ser a la vez que mujer, melancólico arquetipo alzado sobre el tiempo.

*Rosa Kalina, detrás de las palabras. Editorial Costa Rica. 1983